

VI Domingo Tiempo Ordinario

Jeremías 17, 5-8 Corintios 15, 12. 16-20 Lucas 6, 17. 20-26

“Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”

14 Febrero 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“SI CRISTO NO HA RESUCITADO, VUESTRA FE NO TIENE SENTIDO”

De todas las frases que he escuchado o leído este día de los enamorados, S. Valentín, me quedo con ésta: *“Si estoy sola el día de los enamorados es por mi culpa. La relación más seria que tengo es con mi blackberry”*. Es una frase que nos ayuda a darnos cuenta de que muchas veces nos pasa algo parecido. Puede ocurrir que nuestras únicas relaciones serias sean con el ordenador, el teléfono, o cualquier otra cosa. Y de esta forma descuidamos las relaciones que merecen la pena. Otras frases que tampoco tienen desperdicio: *“Cada día se sabe más del amor. Nos ocupamos científicamente de esos sentimientos que nos ayudan a superar la adversidad, a ser más felices”*. Y la conclusión era que el amor tiene su sede en el cerebro, no en el corazón. ¡Qué poco romántico pensar en entregar el cerebro a alguien! El corazón es lo que vale la pena. Eso sí que lo podemos entregar sin dudar. Pero muchas veces el corazón no se entrega y por eso escuchamos frases como éstas: *“¿Estoy, lo que se dice, “enamorada”? ¿Llegaremos a celebrar, este señor y yo, este día el año que viene?”* Se escribe mucho sobre el amor y muchas veces se confunde el verdadero amor con otras cosas muy diferentes. Se habla de sentimientos, sexo, atracción, pero no del amor verdadero. Este amor es el amor que pasa por la cruz, que madura en la entrega, que se hace gratuidad. **¿Cómo es la calidad de nuestro amor, de nuestros vínculos? ¿No pensamos que es una buena ocasión para cuidar nuestro amor, para reavivarlo?** Es el día del amor, no sólo del amor matrimonial, sino de todo tipo de amor. Pidámosle a S. Valentín que nos enseñe hoy a amar con más profundidad y generosidad. **Amar supone hacer feliz a aquel a quien amamos. Aprovechemos el día para cuidar el amor, para darnos con alegría, para no escatimar esfuerzos.**

Hay muchas tradiciones que tratan de explicar el origen de esta celebración. Me quedo con una que pone el origen en Roma, en el siglo III. En este periodo se prohibía el matrimonio de los soldados, ya que se creía que los hombres solteros rendían más en el campo de batalla, porque no estaban emocionalmente ligados a sus familias. Surge entonces San Valentín, un sacerdote cristiano, que, ante tal injusticia, decide casar a las parejas a escondidas. Valentín adquiere por proteger a los enamorados gran prestigio en la ciudad. Debido a ello acaba siendo perseguido y condenado al martirio. La historia de San Valentín hubiera quedado ahí si no fuera porque dos siglos más tarde la Iglesia la recuperó. Por aquel entonces era tradición entre los adolescentes practicar una curiosa fiesta pagana derivada de los ritos en honor del dios de la fertilidad. Se quiso acabar con esta celebración pagana y se canonizó a San Valentín como patrón de los enamorados. La Iglesia siempre ha cristianizado fiestas paganas. Ahora se intenta paganizar las fiestas cristianas. **Por eso hagamos de este día una ocasión para crecer en nuestro amor. Para cuidar nuestros vínculos, especialmente nuestros vínculos con Dios y María.**

El amor es lo que verdaderamente nos hace felices y da sentido a nuestras vidas. Hemos nacido para el amor y sólo si sabemos amar y recibir amor seremos

verdaderamente felices. Decía Aristóteles: “Los hombres son arqueros que buscan el blanco de sus vidas. Apuntan libremente, y con frecuencia yerran, porque, la libertad que permite escoger, no dice qué conducta nos hace más hombres”. Hay conductas que nos hacen más hombres y más plenos que otras. El amor es esa conducta, esa forma de vida, que da plenitud a nuestra existencia. **Y continúa Aristóteles diciendo que la felicidad hacia la que tiende el hombre** “debe asentarse en una vida guiada por la virtud, capaz de crecerse en la adversidad”. Las bienaventuranzas del evangelio de este domingo nos ponen ante la pregunta sobre nuestra felicidad. Virtud y felicidad aparecen unidas. El hombre virtuoso es un hombre feliz. Pero, **¿Nosotros somos felices? ¿Qué camino seguimos para alcanzar la felicidad?** La felicidad parece un estado pasajero que se escapa y el hombre pierde sus vidas suspirando por recibir pequeños sorbos de felicidad, que compensen los momentos duros. Hace algunos años un amigo en el seminario solía preguntar a bocajarro: “¿Eres feliz?” Las primeras veces me quedaba pensando. Y venían al corazón mis preocupaciones y miedos de ese momento, mis insatisfacciones e inseguridades. Le respondía que sí para que me dejase tranquilo. Pero luego me quedaba con la pregunta: “¿Soy feliz de verdad?” Hoy queremos hacernos la misma pregunta: **¿Somos felices?** Y es que los árboles muy a menudo no nos dejan ver el bosque y nuestro deseo de plenitud sucumbe en la adversidad del momento. La verdadera reflexión sobre la felicidad nos lleva a preguntarnos sobre **cómo debe ser nuestro actuar, para que nuestra vida sea plena y feliz, en la medida en la que se puede ser feliz aquí en la tierra.**

Las lecturas de hoy nos hablan de dos tipos de hombres, de dos caminos, de dos opciones de vida. Una lleva a la dicha y a la plenitud, la otra a la amargura. Nos detenemos en el primer camino. El salmo de hoy lo expresa claramente: “Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor. Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin”. Y de la misma forma **Jeremías** nos muestra el camino del justo: “Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto”. Jeremías 17, 5-8. Buscamos la felicidad casi desesperadamente y perdemos tiempo y fuerzas en tratar de lograr aquello que no tenemos. Mientras, las lecturas de hoy nos muestran el camino que hemos de seguir. Se trata de un camino que se goza en la ley del Señor y confía en Él plenamente. **Decía el P. Kentenich:** “No hay ningún lugar tan hermoso en el mundo como el corazón de un hombre noble y lleno de Dios”¹. Un corazón que vive en Dios es el lugar más hermoso. El camino parece claro entonces: **Obediencia a Dios y confianza plena en su conducción. Si seguimos esos pasos, tendremos la felicidad que no caduca, que no se pierde con nada.**

Por otro lado se nos presenta el camino del que no alcanza la felicidad ni la dicha: “No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal”. Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6. **Y Jeremías:** “Así dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita”. Maldito, es decir, no bendecido por Dios, es el hombre que no está cerca de Él, que aparta su corazón del Señor, que no vive anclado en su agua viva. El camino de la felicidad pasa por Dios, por anclar nuestro corazón en el suyo. El que se separa de Dios se seca y se queda sin vida. Sin Dios no es posible la felicidad. **¿Es esto cierto? ¿Los que no creen no van a ser felices? Puede que nos entren las dudas al responder esta pregunta. ¿En qué radica la verdadera felicidad?**

¹ J. KENTENICH, *Carta del Carmelo, 1942, carta a Alex Menningen*

Las Bienaventuranzas reflejan un camino de felicidad y plenitud. Una promesa llena de alegría para aquel que lo espera todo de Dios. En el actuar del hombre se encuentra un deseo de felicidad insuprimible, pero no hay objeto que lo pueda satisfacer. Jesús nos dice que es Bienaventurado y feliz, el que vive de una manera nueva, diferente a la que propone el mundo. Porque estamos acostumbrados a otras bienaventuranzas, las que nos apegan a la tierra. Sí, el mundo nos hace otras propuestas de felicidad, que nos dejan el corazón insatisfecho. Nos dice: *“Feliz aquel que llega a lo más alto, o tiene los mejores medios para vivir, o posee la situación más reconocida por el mundo. Feliz si triunfas en todo lo que emprendes, si nunca estás solo, si todo te resulta, si eres autosuficiente, si lo controlas todo, si recibes los elogios de absolutamente todos los mortales, si tienes el mejor coche o la mejor blackberry”*. Es la felicidad que muchas veces perseguimos ciegamente. Nos aferramos a ella tratando de que no se escape de nuestras manos. Pero de nuevo lo hace y, al final, no estamos ni en paz ni alegres para siempre. Sin embargo, Jesús habla de otro camino distinto de felicidad. Ya lo decía **Santo Tomás**: *“Sólo Dios puede colmar la voluntad del hombre. Por tanto, la bienaventuranza del hombre consiste sólo en Dios”*. **Es un camino cuya meta es Cristo. Un camino que exige un abandono total en las manos de Dios.**

En Lucas Jesús se encuentra en el llano, no en el monte, como aparece en Mateo, y proclama sus bienaventuranzas: *“En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano, con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo...”*. Los habitantes de Tiro y Sidón eran idólatras y a ellos va también dirigido el mensaje. Jesús llega al llano y por eso pueden acceder a Él los enfermos para ser curados. Desde el llano predica un camino de sencillez y de vida. Un camino que no deja de sorprendernos. **Vamos a descifrar este camino y ver cómo nos puede regalar la felicidad anhelada. Antes es bueno hacer alguna aclaración al comparar estas bienaventuranzas con las de Mateo.** Dice **S. Ambrosio**: *“S. Lucas pone sólo cuatro bienaventuranzas. San Mateo ocho. Pero en aquellas ocho se comprenden estas cuatro y en aquellas cuatro estas ocho. Éste puso cuatro representando las cuatro virtudes cardinales y aquél explicó en las ocho un orden místico porque la octava, que es perfección de nuestra esperanza, es también la más grande de las virtudes”*. **Las cuatro virtudes cardinales son: Prudencia, fortaleza, templanza y justicia.** A diferencia de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), éstas no tienen como fin a Dios sino el bien honesto. Por su parte **S. Agustín** une las bienaventuranzas de Mateo 5,3 con los dones del Espíritu Santo. Lo cierto es que en las bienaventuranzas de hoy, Lucas une felicidad y virtud. El hombre virtuoso recorre el camino de la felicidad. **¿Es posible?**

La primera de las bienaventuranzas es la pobreza: *“Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios”*. **Está unida a ella la virtud de la prudencia que es la principal de las virtudes.** El hombre prudente sabe actuar de acuerdo a lo que Dios quiere. Y esta prudencia está unida con la caridad, con el amor de Dios. Es la amistad del hombre con Dios la que posibilita la prudencia en el actuar. A través del ejercicio de esta prudencia se puede vivir el verdadero espíritu de pobreza que se propone. **S. Ambrosio comenta su importancia:** *“Que la pobreza es la primera lo dicen los dos evangelistas. Es la primera de todas y como la madre de las demás virtudes. Porque el que despreciara las cosas del mundo merecerá las eternas”*. **Y continúa S. Basilio:** *“Es bienaventurado el pobre que imita a Jesucristo, quien quiso sufrir su pobreza por nuestro bien”*. La pobreza de la que hablan se une con la virtud de la prudencia. Prudente es el que tiene una sabiduría que procede del cielo, que no vive de acuerdo con el mundo, con una sabiduría de vida no santa. Y contrapone el Evangelista a los ricos que se apegan a los bienes: *“Pero, ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo”*. **San Ambrosio añade:** *“No condena a los que tienen riquezas, sino a los que no saben usar de ellas. Luego no es la fortuna, sino el afecto a la fortuna, el que es criminal”*. La verdadera pobreza que da la felicidad es la que nos hace libres de los apegos del mundo y nos deja anclados en Dios. La Pobreza evangélica nos hace vivir en la austeridad y el

desprendimiento. El pobre de Dios es un hombre libre. **Dios necesita hombres pobres, libres, no apegados al mundo, dispuestos a darle todo lo que son y tienen.**

Esta semana hemos celebrado la fiesta de la Virgen de Lourdes. Su misterio nos vuelve a colocar en el camino correcto, el de la pobreza que nos lleva a Dios: “¿Cuál es el instrumento que... el Todopoderoso... utilizará para comunicarnos sus intenciones de misericordia? Una vez más será lo que el mundo tiene por más débil” (1 Cor. 1,27): una niña de catorce años nacida de una familia pobre”. Santa Bernardette es el instrumento elegido por María para confundir a los sabios y engreídos. “Los pobres fueron los primeros en captar el verdadero significado del mensaje, los primeros en ser generosos”. María, la Niña pobre, busca a los pobres para llevar luz a los que creen entenderlo todo. El amor a los pobres y necesitados, a los más enfermos, es el primer mensaje de Lourdes. En la Gruta, en el agua que brota del barro, Dios manifiesta su elección por los que aparentemente para el mundo no cuentan. Y la promesa que le hace María a Bernardette es clara: «No te prometo hacerte feliz en este mundo, pero sí en el otro». Estamos llamados a la felicidad plena sólo en el cielo. Es la invitación de María. Sé fiel en lo pequeño, ven a verme y serás feliz plenamente sólo en el cielo, pero ya estarás en camino al cielo. Bernardette se fió en su ignorancia, no puso trabas, creyó y se dejó hacer por María. Su pobreza, su espíritu dócil y filial, abrieron las puertas a Dios en la tierra. María elige instrumentos débiles y pobres que sepan obedecer y confiar. **Su Santuario se convirtió en lugar de gracias para una niña que había dado un salto ciego de fe.**

La segunda Bienaventuranza habla del hambre: “Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados”. **Frente a ello dice Jesús:** “¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre”. Estamos hablando aquí de **la virtud de la templanza**. Dice **S. Beda:** “Si son bienaventurados aquellos que tienen hambre de obras justas, deben por el contrario considerarse como desgraciados aquellos que, satisfaciendo todos sus deseos, no padecen hambre del verdadero bien”. Dice la **Madre Teresa:** “La gente tiene hambre de Dios. ¡Qué pobre encuentro tendríamos con nuestro prójimo si sólo le diéramos a nosotros mismos!”². El hambre es de Dios y de su justicia. El hambre, o el vivir insatisfechos con el mundo, permiten colocar la mirada en el cielo y esperar. La templanza nos habla de moderación. El hombre templado sabe dónde poner sus afectos y cómo cortar esa cadena peligrosa que nos lleva a querer satisfacer todos nuestros deseos. Un corazón satisfecho por el mundo, pierde su juventud y disponibilidad para el cambio y la lucha. Un corazón que no sabe sufrir, que no ha experimentado la renuncia en ningún momento, es un corazón inútil para el amor. **El hambre nos lleva a buscar siempre más arriba, a no conformarnos.**

La tercera Bienaventuranza nos habla de la risa: “Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis”. Porque el llanto hace referencia al dolor por la injusticia, por el mal en el mundo, por la ausencia de bien. **La virtud es la justicia.** El corazón del hombre virtuoso llora por el mal que existe, por la falta de fe, de esperanza y de amor. La promesa es la felicidad plena expresada en la risa verdadera. Se contrapone a otra risa superficial: “¡Ay de los que ahora reís!, porque haréis duelo y lloraréis”. Dice **S. Basilio:** “La risa superflua es signo de desorden y un movimiento desenfrenado del alma; pero es conveniente expresar la alegría de las emociones del alma por el rostro”. Cuentan que un grupo de profesores de Estados Unidos le pidió a la **Madre Teresa** un consejo: “Díganos algo que nos ayude”. Ella les dijo: “Sonrían los unos a los otros”. Uno le preguntó: “¿Está usted casada?” Ella respondió: “Sí y a veces encuentro muy difícil sonreírle a Jesús, porque Él es capaz de ser muy exigente”³. **Leía un texto sobre la sonrisa que me pareció interesante:** “Tu sonrisa puede llevar esperanza y abrir nuevos horizontes a los agobiados, a los deprimidos, a los descorazonados a los oprimidos, a los

² MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*, 342

³ *Ibíd.*, 341

tentados y a los desesperados. Tu sonrisa puede ser el camino para llevar a las almas a la fe. Sonríele a Dios, mientras aceptas con amor todo lo que Él te manda y recibirás la radiante sonrisa de Cristo fija en ti con especial amor por toda la eternidad". Muchas veces nos cuesta sonreír, nos escondemos detrás de una coraza y evitamos el encuentro. La sonrisa transforma al que la recibe y, sobre todo, al que la regala. **La verdadera risa brota de la posesión de Dios en el alma. Es éste el camino que queremos seguir.**

La cuarta Bienaventuranza nos habla de persecución y rechazo: "*Dichosos vosotros, cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten, y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre*". La virtud que se aplica es **la fortaleza, porque sólo ella nos permite ser felices y plenos en el dolor de la persecución.** Y contrapone: "*¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.*" Lucas 6, 17. 20-26. **S. Beda dice:** "*Como la adulación es la que alimenta el pecado, del mismo modo que el aceite alimenta a la llama*". Y dice **S. Juan Crisóstomo:** "*Si buscas en Él tu gloria, evita la alabanza humana*". La adulación nos engríe y nos hace caer en la vanidad y la vanagloria. Dependemos tantas veces del juicio humano y perdemos la paz tratando de caer bien, de recibir alabanzas. **Se nos olvida que el halago nos endurece y enfría.**

El mensaje final de las bienaventuranzas es la alegría: "*Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas*". **Pau Gasol decía hace poco:** "*No puedo ser más feliz, no puedo pedir más*". Porque parece que la vida le sonríe y todo le resulta bien. Esta felicidad es pasajera porque depende de las bienaventuranzas que propone el mundo. Dios nos invita a sonreír y ser felices en cualquier circunstancia que nos toque vivir. Sin embargo, muchas veces no somos felices. **Ya lo dice Pearl S. Buck:** "*Muchas personas se pierden las pequeñas alegrías mientras esperan la gran felicidad*". Es verdad, ¡cuántas personas hay a nuestro alrededor que no son felices y lo tienen todo para poder serlo! Tienen una familia estupenda, un buen trabajo, no tienen grandes preocupaciones, ni han vivido cosas difíciles. Sin embargo, no son felices y se pierden las pequeñas alegrías de la vida. Viven esperando una gran felicidad que nunca llega. Siempre ven el vaso medio vacío y la vida a medio hacer. El futuro como algo incierto y el miedo a vivir dibujado en sus ojos. **¿Queremos vivir así? ¿No es acaso una forma mezquina y pobre de desperdiciar nuestra vida?**

La gran felicidad es la plenitud del cielo al que somos llamados. Es cierto, esta esperanza es la que da sentido a nuestra vida, como nos lo recuerda **S. Pablo:** "*Si anunciamos que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que dice alguno de vosotros que los muertos no resucitan? Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís con vuestros pecados; y los que murieron con Cristo se han perdido. Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados. ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos*". Corintios 15, 12. 16-20. La verdadera esperanza es la posesión de la Bienaventuranza plena que será en el cielo. El camino lo recorreremos dejándonos hacer por Dios, como propone **S. Agustín:** "*Quiso nacer en el tiempo para conducirnos a la eternidad del Padre. Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios*". Pero, para abandonarse, para llegar a ser posesión de Dios, hay que colocar nuestra vida en sus manos confiadamente y eso no es tan sencillo. Nuestra tentación es calcularlo todo y no dejar espacio a Dios, como comenta **Tadeusz Dajczer:** "*El "viejo", que se dedica a calcularlo todo, a hacer las cuentas de lo positivo y lo negativo, limita las posibilidades de la actuación de Dios porque pone límites a su amor y a su misericordia*". Queremos aprender a vivir con la libertad de los que encarnan en su entrega las bienaventuranzas. Es posible sólo si Dios es el centro y dejamos que sea Él el que conduzca nuestros pasos. **Sólo así seremos verdaderamente bienaventurados, cuando Él sea el destino de nuestro camino y nuestro mismo camino.**